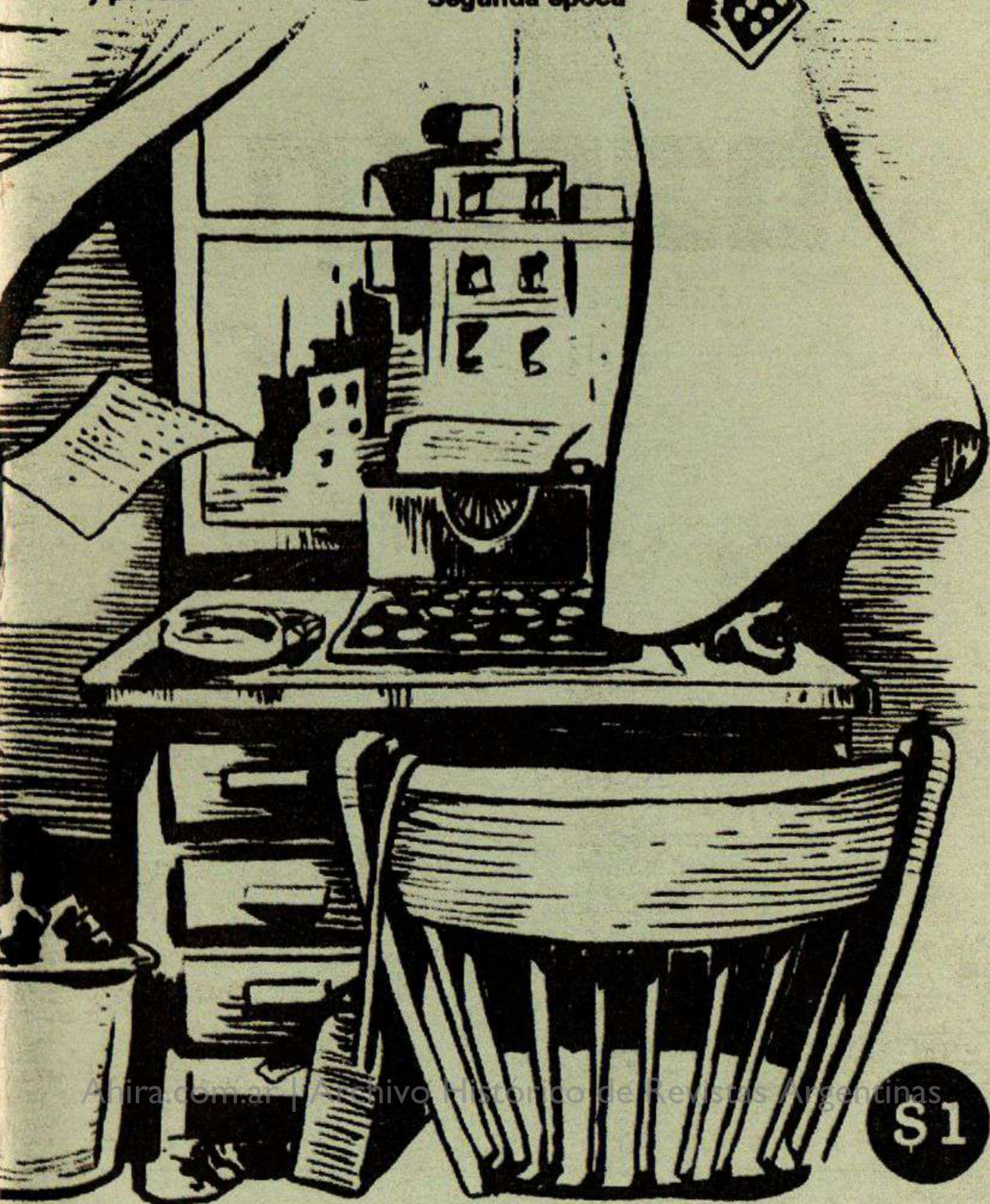


Publicación  
bimestral  
de narrativa  
y poesía

# Viajeros de la UnderWood

Año 1/ Nº 5  
Junio  
1998  
Rosario

Segunda época





# barlin

café bar de la cortada  
pje. zabala 1128 / rosario



## ACAAD

Apoyo psicoterapéutico a  
personas con VIH/SIDA  
y grupo familiar  
Psicoterapia  
Clínica general  
Arancel especial estudiantes

Salta 1227 Dto A - TE: 493957  
De 16 a 21 hs - Rosario

## LIBRERIA VITES




Compra y Venta  
de libros nuevos y usados

Sargento Cabral 74  
(frente a la aduana)

Tel: 246616

# Viajeros de la **UnderWood**



Publicación bimestral  
de narrativa y poesía.  
Año 1/ N° 5 - Rosario 06/98

---

**Editores:** Mercedes Gómez, Diego G. Martínez

**Colaboradores:** P. Bollea, H. Toloza, P. Suarez,  
E. D'Anna, Ma. P. Alzugaray,  
A. Borga, S. Scarabelli

**Diseño:** Diego G. Martínez

**Ilustraciones:** Javier Hernández, Marcelo Rossia,  
Germán Gago

**Publicidad:** Mercedes Gómez, Pablo Solomonoff

**Ventas:** Cecilia "Pitu" Di Paolo

**Mensajes:** Ma. P. Alzugaray, Lisandro González

**Redacción:** J.M. de Rosas 929, 10° "C",  
tel: (041)488864.- Rosario

**Correo electrónico:** dim26@yahoo.com

**Director y Propietario:** Pablo J. Solomonoff

**RNPI N° 894500**

**Imprenta: Multicopias**

---

## **ACLARACION DE LOS EDITORES**

La editorial no comparte necesariamente las opiniones de los autores que publica. Se autoriza la reproducción y/o difusión, notificando por cualquier medio a nuestros editores.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas



## El zorro

Pedro Bollea

Yo lo miraba y volvía a no contestarle. El animal allá abajo, contra el empedrado, diría que serio. Me daba el cuerpo de perfil y la cabeza hacia arriba, girada, mirando hacia el balconete de piedra desde donde yo le miraba sin contestarle.

Era un zorro verdaderamente espléndido. Un ejemplar grande de macho adulto. De gris impecable, de cola larga y poblada, los ojos como dos luces que se avivaban u opacaban según golpes de intensidad, aunque siempre serenos. Porque me estaba mirando, y cada vez que me interrogaba lo hacía con firmeza, pero educadamente. La fina educación que sólo los animales salvajes suelen tener cuando se deciden a dejar las bromas.

No valía en este caso su fama de "zorro", es decir, de taimado, de hábil en las artes del engaño: todo en él trasuntaba franqueza y gallardía. Nunca hubo entre los animales -creo yo- alguien con mayor dignidad y delicadeza.

Tenía la conciencia y el aplomo del que sabe que está arriesgando la vida pero en la certidumbre de que su estilo no será nunca indecoroso.

Firme sobre sus patas finas levantaba el hocico hacia la tercer planta, desde donde yo le estaba mirando. "Señor, ¿qué hora es?", y yo sin abrir la boca, pensando en la clase de prisa que podría tener un zorro, una bestia del campo, que acaso esa sería la única vez en toda su vida que estaría en una ciudad. Qué asunto tan serio tendría para importunarme con su mirada y con su pregunta.

En la calle no andaba nadie. Ni gentes caminando, ni carros, ni calesas. Los buhoneros no estaban, como era de corriente en esa encrucijada de calles a esa hora. Un minuto antes había pasado una sierva que llevaba bajo el brazo una canasta con ropa sucia, camino del

canal. Es raro pero escuché sus pasos.

El zorro -pensaba yo- había debido dejar su escondite, algún cañadón, un pajonal, dirigirse a la ciudad y trasponer la puerta por donde cada día entraban los hortelanos y jardineros con sus frutos.

Ahora, a media mañana, en el horario en que debía estar la bulla callejera, sólo esta presencia, nadie más. Junto, había entrado una niebla, que con el silencio aumentaba la sensación de irrealidad. A más de cincuenta pasos sólo podían distinguirse las siluetas de la fuente de piedra y los dos arbolitos menudos a su vera. Se oía caer, tembloroso y sonoro, el hilo de agua. La gente estaba metida en sus casas. Quizá hubiera miedo.

Yo lo miraba y él sin impacientarse, como una persona de gran respeto. Esperaba. (¿Cuáles eran las pretensiones del animal?).

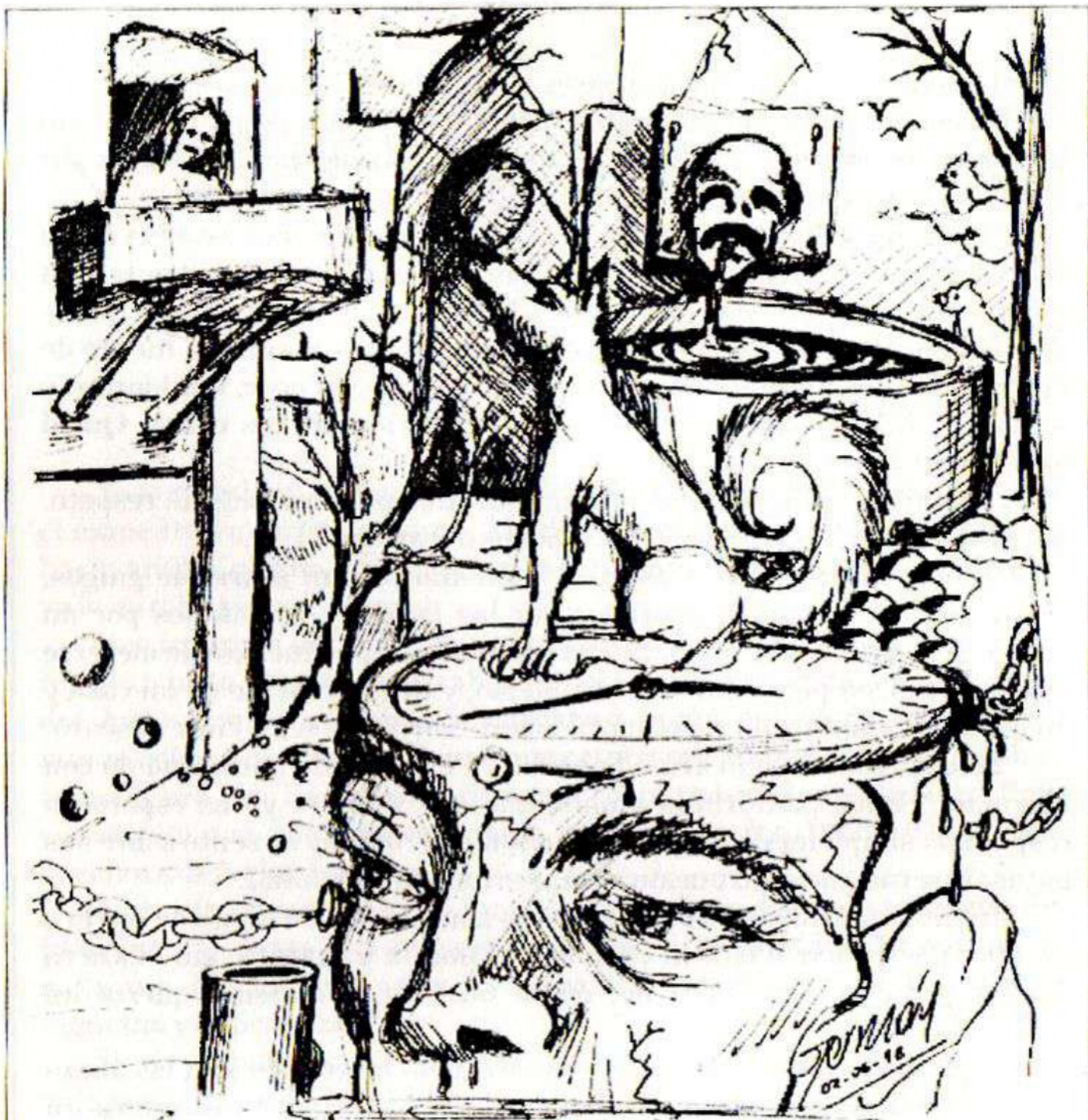
Cientos de veces los perseguía a caballo con mi jauría de galgos, fatalmente acababan destrozados por las fauces y rematados por mi mano. Y ahora, en este momento, la osadía, la impertinencia de meterse con los seres, en pleno día, al descubierto, y llegarse al pie de mi casa y dirigirme la palabra. Jamás conocí -lo juro- zorro con semejante descaro.

“Señor, ¿podría indicarme la hora?”. Pero yo sólo apuntándolo con mis ojos. “Señor, ¿tendría la amabilidad...?”. Y ahora ya no esperó mi respuesta, simplemente siguió mirándome al rostro y se sentó sobre sus patas traseras, como dispuesto a estarse toda la eternidad.

Hubiera querido, al menos, ver una sonrisa, algún signo de burla o desafío, para bajar hasta la calle con el florete y matarlo sin siquiera dejarle pedir perdón. Pero no, no se burlaba, solamente quería mi respuesta.

Plegó sus patas delanteras y estuvo quieto largo rato, con la cabeza serena, sin urgencias. Cada tanto mirándome o parpadeando como para poner pausas a una larga meditación. La idea de que pudiera quedarse así el resto de su vida, o de la mía, me turbó. Una lejana angustia me apretaba el pecho. El silencio continuaba. Afuera sólo la niebla, y el intruso en ella. Lo insulté para mis adentros “bestia malnacida e insolente”. Y de nuevo, sin variar el tono “Señor, ¿que hora tiene usted?”.

En las residencias linderas algunas ventanas se habían abierto y dejaban oír algunas voces. Al comienzo tímidas, luego in crescendo, sin poder soportar la espera. “Por favor Don Jorge, contéstele... Contéstele, Don Jorge, que se enloquecen las aves”. Y desde varios sitios se sumaban



los porfavores y los ruegos: "... las palomas..." "...enloquecen..." "...las gallinas, dígasela." "Don Jorge, piense en nosotros" "...usted puede hacerlo, sólo usted" "no se demore, señor..."

Entonces, por una vez, por una sola vez, incliné levemente el cuerpo hacia la calle y con poca gana dije "las once". Nada más que eso y una sola vez, que conste. Luego cerré la ventana y no volví a salir de mi casa hasta comienzos del verano.



## Cassandra

Hernán Toloza

En ese momento advirtió que hablaba en el vacío; del otro lado del hilo sentía el silencio telefónico, esa nada llena de misteriosas resonancias.

Dino Buzzati.

En la casa, la única luz que permanece encendida es la del comedor, en donde la familia se halla reunida frente al televisor. Esperan que comience el programa de Susana mirando las imágenes del noticiero, aunque le han bajado el volumen para poder hablar entre ellos. No es algo habitual que toda la familia esté pendiente del programa, pero la noche anterior La-abuela soñó que Susana iba a elegir su carta en el momento del sorteo, y que luego la iba a llamar. Y los sueños de La-abuela solían cumplirse rigurosamente. Todos recuerdan cuando el año pasado, en agosto, había soñado con la casa en la que viviera durante su niñez: el 227 de la calle San Juan. Al otro día, después de tomar cuatro o cinco mates tibios, se llegó hasta la panadería y jugó el número de la casa a la quiniela clandestina. Diez pesos a la cabeza, sin vacilar. Al salir de allí, fue hasta la agencia oficial y jugó al mismo número la misma cantidad de dinero. El sorteo se realizaría esa noche después de las nueve. Desde las ocho y media todos estaban reunidos en torno a la radio que, entre tango y tango, daría a conocer los números elegidos en los sorteos de la lotería, loto, quiniela y otros juegos organizados por el estado. Como era de esperar, la voz del locutor anunció el 227 a primera en la quiniela nacional. Alrededor de La-abuela todos reían y festejaban, felicitándola por su visión, pero ella permanecía sentada en la mecedora, como si nada fuera del orden de lo real hubiera ocurrido esa noche. Parecía indiferente al éxito, pero en realidad comenzaba a disfrutar de su reinado en el seno familiar. Veía delante de sí un futuro de caricias tiernas y un tono dulce en las voces de sus parientes, en contraste con el tono agrio, como de reproche, con que la trataban hasta esa noche del sueño.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

En la agencia cobró cerca de tres mil pesos, aunque nadie pudo tocarlos, porque ella se empeñó con la idea de guardarlos por cualquier eventualidad. Que también había jugado en la clandestina recién se enteraron cuando les anunció que había cancelado las deudas que todos los integrantes de la familia tenían repartidas por el barrio. Tampoco pudieron impedir que le diera 300 pesos al Nieto-mayor, para que se comprara la guitarra acústica que desde hacía años deseaba. Ofuscado y picado por la envidia, El-padre había comentado ante los vecinos que La-abuela hacía eso porque estaba cada día más sorda, y no le preocupaba tener que sufrir los acordes desafinados y sin ritmo del Nieto-mayor: "Sí, Mi-hijo es tan solista, que la guitarra va por un lado y él va por el otro". Con esta broma, ampliamente festejada por los vecinos, disminuyó algo del enojo que sentía por la situación.

Un mes y medio después, La-abuela había tenido otro sueño. Se le aparecía su nuera detrás de unos arbustos en un parque o en un jardín que no lograba identificar. Le sonreía, y le mostraba los detalles de su vestido. Después, el sueño se concentraba solamente en el vestido. Era, o había sido, blanco, pero en el sueño aparecía amarillento por los años, y de un diseño muy anticuado. "Como si fuera de los tiempos de mi juventud" -pensó. Creyó recordar dentro del mismo sueño que ese era el vestido que deseaba para su cumpleaños de quince, desde que lo viera en la vidriera de un negocio del centro. Esa vez, sin embargo, se había tenido que conformar con el que le hiciera su madre utilizando telas que había comprado en una liquidación. Tres meses después, Su-prima era quien lo llevaba puesto, como si fuera normal en ella vestirse así. Y en verdad lo era. Eso había sido lo doloroso: quien menos deseaba ese vestido, para quien era uno más de los muchos que ya tenía o que podía tener, fue quien finalmente lo obtuvo. También había pensado que si ella lo hubiera tenido, en su fiesta de cumpleaños habría estado tan rodeada de muchachos como su prima. O quizá más. Todo parecía tan lejano, tan fácil de olvidar, y sin embargo allí estaba Su-nuera, muerta seis meses antes, recordándole lo imborrable de algunas humillaciones. Ahí llegaba la desgraciada, en sueños, a redimirse de todas las veces en que la había tratado con desprecio o le había echado en cara su inútil vejez. Ni siquiera muerta y con la intención de hacerle un bien, después de tanta amargura que le había hecho pasar, podía dejar de ser cruel.

Al despertarse en medio de la madrugada, La-abuela dijo en voz



alta: "La niña bonita, hay que jugar el 15 a la cabeza". Naturalmente, en la noche posterior el locutor había anunciado el 015 a primera. A partir de ese día los sueños comenzaron a repetirse con una frecuencia bastante regular. Tres noches por semana La-abuela se despertaba por la madrugada con un número en los labios. Así, se fue consolidando su fama de pitonisa, ganando cada vez más poder en la casa de Su-hijo-menor. Ahora, todos la consultaban si tenían que arriesgar algún dinero en los caballos o en quiméricos negocios. Sin embargo, los sueños de la abuela no eran una novedad para la familia. Pero antes no eran lucrativos. Soñaba que Su-hijo-mayor venía desde La Rioja para pasar algunos días con ellos. Era el mismo sueño todas la veces, y comenzaba a soñarlo justo tres días antes de su llegada. Nunca, desde que él se fuera a vivir allá, ella había fallado en su anticipación. Lo veía montado en un caballo overo, cruzando una laguna de poca hondura, y llevando en la mano izquierda un cigarrillo a medio armar. Siempre con una sonrisa triste en el rostro, mientras terminaba de enrollar el papel de armar entre el pulgar y el índice. Cuando ya había encendido el cigarrillo la saludaba, tocándose el ala del sombrero. Después, desaparecía detrás de una tapera y arado abandonados. Por el gesto al saludar, por lo anacrónico de la figura, ese del sueño no podía ser otro que Su-marido, pero el rostro era indudablemente el de Su-hijo-mayor, que no se parecía en nada Al-padre o a Su-hermano-menor.

El día posterior a ese tipo de sueños, La-abuela se sentía demasiado inquieta como para hacer otra cosa que pasar el tiempo debajo de una parra que había en el patio trasero, moviendo el abanico de derecha a izquierda, sin alterar en lo más mínimo la velocidad del brazo. La última noche de la espera no dormía, amanecía sentada bajo la parra, con el rostro encarnado, y los ojos consumidos por una mirada profunda, a la vez, velada y de una claridad asombrosa. Eran ojos negros, habituados a ignorar lo presente. Las manos y los pies, que eran de fina figura, hermosos aún en la vejez, se le hinchaban de forma horrible. Por fin, al mediodía se escuchaban en la puerta del frente dos golpes secos, rudos, que anunciaban el fin de la espera.

En la pantalla del televisor están pasando los títulos que señalan el fin del noticiero. Después de la propaganda de alfajores va a comenzar el programa de Susana. La-abuela eleva el volumen de la televisión con el control remoto, y luego lo deja apoyado sobre la mesa. El-nieto-mayor va

hacia la llave de la luz e ilumina el living, en donde está el teléfono gris. Aparece en la pantalla Susana, encajada en un trajecito de sarga color manteca. Da vueltas mostrando los zapatos marrones, los adornos de los zapatos, las medias oscuras, los anillos, pero se olvida de mostrar la gargantilla. Quizá para que no le enfoquen el cuello.

- Seguramente está apurada y se olvidó. Pero ya se va a acordar. Vas a ver cómo enseguida se acuerda.

El-hijo-menor escucha el sonido de la pava que viene desde la cocina, y sale apresurado para evitar que el agua hierva. Ahora, en la pantalla, uno de los ayudantes de Susana, revuelve las cartas y elige una del montón. El sobre es cuadrado, de papel madera, escrito con una letra negra e irregular.

- Es igual a los veinte que mandé la semana pasada por intermedio de Oscar - comenta El-hijo-menor, que está asomado al comedor desde el marco de la puerta de la cocina, con la tapa de la pava chorreando gotas de agua sobre el piso del parquet. Sin que nadie se diera cuenta, sin que pudieran evitarlo, El-nieto-más-chico había tomado el control remoto, y ahora está cambiando de canal. Aparece en la pantalla un gato relamiéndose los bigotes ante un canario. Con un gesto de la mano izquierda, La-abuela detiene a Su-hijo-menor, que está volviendo de la cocina con la mano en alto para castigar al Nieto-más-chico.

- Dejalo. Igual Susana va a llamar. Nada más tenés que atender y decir Hola-Susana. Es lo único que tenés que decir, y después elegís el casillero que yo te diga. Ahí nos espera el millón. Así de fácil.

Termina La-abuela de hablar y suena el teléfono. El-hijo-menor corre hasta el living, y, mientras levanta el auricular, se hunde en el sillón de cuero.

-HO-LA-SU-SA-NA!

En el auricular se produce un silencio, apenas el sonido de la línea, como si millones de burbujas se escaparan de un vaso con soda. El-nieto-mayor, mientras tanto, forcejea con El-nieto-más-chico para quitarle el

control remoto y volver al programa de Susana. En el teléfono, El-hijo-menor aguarda, impaciente, la implacable voz de la mujer. Desde el otro lado, ahora, inconfundible, llega el tono áspero, pastoso, de una voz que le responde.

- Buenas noches, Don... Soy el técnico de la heladera... llamaba, puez, pa' darle el prezupuesto por el arreglo...

Inmóvil, La-abuela ve en la pantalla que Susana felicita a Dora, de Barrio Norte. No le son necesarias las dotes adivinatorias para comprender cuál será su futuro inmediato. Sólo basta con mirar los ojos furiosos Del-hijo-menor.



---

## El niño imposible

Patricia Suarez

Ella llegó trayendo consigo su niño imposible. El bebé berreaba cada vez que tenían que cruzar una calle, era, tal vez, el efecto de la luz roja del semáforo. Ella lo arrullaba, le hacía caritas, en esas esquinas. Al bebé le gustaba, pero fruncía el entrecejo. Cada tanto chupaba un caramelo, o la solapa colorada del vestido de su madre. Ella no lo miraba, ella sólo pensaba en el tránsito del pueblo a la ciudad, y le venía la imagen de una ballesta.

Consiguió un hotel sobre la Avenida de Mayo; alguien le dijo que le iba a salir barato. El hotel más barato que encontró estaba sobre la Avenida de Mayo y le resultaba caro. El encargado, raquítico, de vez en cuando miraba el bolso de la mujer y echaba otra pitada a su boquilla. Al fin anotó: Elsa Almendro e hijo.

¿Nombre del niño?

Mauricio.

¿Mauricio qué?

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Almendro.

El encargado miró, por encima de los anteojos de lectura e inquirió, moviendo la birrome como el dedo de Dios.

¿Y el padre?

En el aire tintineó la finísima pulsera de oro en la muñeca del encargado.

No lo conozco, dijo ella. Tomó el libro y firmó, con letra austera y clara, de maestra en la pizarra, Elsa Almendro; se le había puesto la piel de gallina.

403, indicó el encargado.

El bebé babeaba el último caramelo, y ella lo dejó. En el temblequeo del ascensor, se vió al espejo. Ya no te recuerdo, le dijo a su imagen. Estaba tan demacrada. Es este hijo, pensó, y lo besó, ensuciándose con frutilla y saliva. Debajo del rojizo, las raíces de su pelo aparecían oscuras.

El chico rebotó como un bártulo en la cama enorme, y se quedó tendido, mirando el cielorraso. Ella se echó a llorar. No se despertaron hasta la noche.

Ella salió y dejó al chico tranquilo y arropado. Fue hasta un quiosco junto al hotel, compró fichas telefónicas y un dulce para el niño. Hizo cola en la cabina, un enano musitaba:

Que llevaba un hacha... y decía que era para él como una mujer que lo tuviera hartó...

Luego el enano vio que ella lo observaba y bajó la voz hasta hacerla inaudible, ella apenas percibió cuando susurró: ...se está marchitando viendo televisión, lo juro. Guarda el arma en el cajón de la cómoda...sí, en el tercero de la izquierda... El enano sonreía y salió cojeando. Ella lo miró alejarse, corcovar como un pájaro grotesco que trotara para levantar vuelo.

Al otro lado atendió la voz.

¿Leo? Soy yo: Elsa. ¿Qué Elsa va a ser? Estoy con el bebé. No, no habla todavía. Además lo dejé en el hotel. Sí, estoy en un hotel. Pero es caro. Muy caro para mí. Por eso pensé en ir a tu... NO, no quiero plata. No, no. ¿Cómo? Yo no te entiendo. Sí, oír te oigo bien. A lo mejor vos no me entendés a mí. Esperá que pongo otra moneda. A ver si soy clara: hice cuatrocientos kilómetros; traje a mi hijo de cinco meses en un viaje espantoso, para venir a verte. A estar con vos. Digo que hice cuatrocientos kilómetros. Seguí sin entender: vine a quedarme. Está bien, está bien. Te espero. Pronto. ¿Leo? Ya no me queda plata. Yo también. Corrientes y Esmeralda. Chau.

Subió hasta el cuarto piso por las escaleras, casi corriendo. Sentía que la ropa interior se le había encogido, que los elásticos se incrustaban en su piel. Cuando llegó, el bebé estaba en el suelo, llorando como un marrano,



en verdad, el bebé parecía un cerdito. Luego le dio una mamadera fría que el bebé tomó sin rezongar, seguro que él tenía mucha hambre.

Ella abrió el agua caliente y se lavó las axilas, la nuca. Se puso una camisa limpia y una pañoleta de gasa azul. Parecía elegante. Entonces miró en el espejo, con detenimiento, las raíces de su pelo. Cerró los ojos y trató de imaginar que sólo existía ella y esa otra en el espejo, que no existía nadie más, que los otros eran figuras de ensueños. El llanto del bebé la despertó. Esto era todo. Esto era el amor, dormir y despertarse, en constante tensión, en todos los hombres con que había dormido. Por uno había recorrido cuatrocientos kilómetros. Ahora ya no estaba tan segura. Eso fue en el pueblo, él nombró la luna por lo menos veinte veces, ella le dijo que se llamaba Elsa, que quería ser actriz. Ella le dijo que había tenido un hijo no sabía cómo, algo que había pasado mientras maquinaba otra cosa, un accidente. (Pero ella recordaba bien cómo había ocurrido, cómo, con quién, a qué hora, bajo qué gestos, detalle a detalle, recordaba que pensó en las catedrales, en escalarlas y destruirlas, y luego se maldijo por su pensamiento). Lo que aconteció después, estuvo bajo el imperio del simulacro.

Caminó con el chico por Esmeralda y Corrientes, durante dos horas y media. Aún tenía monedas en el bolsillo, para llamarlo. Compró otro dulce, contó el vuelto y tomó un taxi a Retiro.



## Polvo en casa

Pablo Crash Solomonoff

Mi marido se pasaba el día sacudiendo el polvo de la casa. Esta es la idea básica de lo que voy a relatar así que si alguien esperaba pornografía, puede ir olvidándose del tema: hacía tiempo que ya no cogíamos; las últimas veces que lo hicimos, creí verlo buscando telarañas en el techo mientras empujaba.

Vivíamos en un lugar semi-desértico, de modo que a nuestro alrededor no había casi paisaje o vida humana; el polvo se arremolinaba avanzando en oleadas sibilantes, apoyándose suavemente en los muebles, penetrando en los circuitos de los aparatos electrónicos y estropeándolos, sobre la vajilla en la cocina y sobre los libros. No había en este hecho ninguna mala intención de nadie en especial, no había nadie cerca a quién culpar. Este era un proceso inevitable, que afectaba a todo el mundo por igual. Yo ya me había resignado a ello, pero mi marido seguía insistiendo con sus plumeros y trapos todo el día.

Para algo que se hacía así nomás, sin pensar, él había creado una estrategia, una teoría, un orden de prioridades; sistemas de limpieza, autolimpieza y fabricado herramientas específicas para llevar a cabo su programa de erradicación del polvo. Yo me limitaba a limpiar en el momento la superficie que necesitaba para comer y dormir en el peor de los casos. Por la ropa, polvorienta y descolorida, ya no me preocupaba, y si me molestaba tragar polvo, me ponía un pañuelo sobre la nariz y la boca atándomelo por detrás de la cabeza. La primera vez que me vio así se cagó en las patas. Pero los días sin viento la cosa se toleraba bastante.

Mi trabajo me obligaba a vivir en esa región, soy ciber-arqueóloga. Aquí un microchip abandonado puede conservarse por milenios. Pero no era ese el caso de mi marido. Ayer había salido temprano a la mañana para evitar encontrarme con traficantes molestos. Lo besé en la mejilla y lo noté algo seco. El motor del ventilador de techo de la cocina no encendía. Producía solamente un débil zumbido, así que lo dejé sentado con un gesto de resignación que se grabó en mi mente como en un disco rígido. Fue esa la última vez que lo besé. Cuando subí al vehículo escupí una fina arenilla.

Volví casi de noche y lo encontré sentado tal como lo dejara en la mañana. Quise tocar su cara y se me fue desarmando entre los dedos. Cayó lenta e inevitablemente al suelo, en una fina catarata de polvillo, sostenida a duras penas por su ropa. No pude evitar inhalar parte de él: reconocí su perfume y su sabor.



## Ese día

Diego G. Martínez

Para empezar, el despertador no suena a las 8.30. Y su reloj biológico tarda bastante en avisarle. Disfruta de ese momento de entresueño, ese en el que se está en la cama semidormido, preguntándose cómo es posible que esté tan descansada. Abre perezosamente un ojo y ve, en un estado próximo al infarto, que son las 9.45. Cierra el ojo y, ejercitando sus pulmones llenos de tabaco de la noche anterior y poniendo en práctica las cuerdas vocales, grita un largo ¡¡¡NOOOO!!!

En 4 segundos está vestida; en 6 está en el baño. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!, no hay agua... mira su cara expuesta en el espejo y no lo puede creer. Sus ojos hinchados, recubiertos de extrañas sustancias orgánicas, apenas son dos rasgos en el rostro inflamado por los líquidos acumulados. "¡¡¡Ma' sí!!!", agarra la mochila y, sin tomar ni comer nada, deja el departamento sucio tras la puerta. Llave. "Ah, la llave está adentro". Vuelve y no la encuentra, no está en la mesa, ni en la cocina, ni en la alfombra. Empieza a sentir la sensación de que está subiendo en una escalera mecánica, con los pies pegados al escalón, cuando en realidad quiere ir hacia abajo. Cierra los ojos, y se llama a tranquilidad. "Que quede sin llave", dice en paz, como un juez que dicta sentencia.

Toca el botón, llamando al ascensor. Ya lo percibe, el ascensor no funciona. "Seguramente se descompuso esta mañana". Mira las escaleras a su derecha y se encamina, ya con impaciencia. "Nueve, sí, nueve pisos", piensa en cada escalón. En planta baja encuentra la puerta del ascensor entreabierta. La cierra con un patada furiosa.

En la vereda el sol arrecia, mortalmente. Busca en la mochila. Rebusca en la mochila por las gafas de sol. "Maldición, no las traje", murmura con la boca empastada, pensando a la vez por qué le aparecen las palabras "gafas" y "maldición" en el vocabulario. Da dos pasos hasta la cochera y frena; lo más probable es que no estén las llaves de la moto. Milagrosamente las encuentra en la campera. "Aleluya", piensa victoriosa mientras levanta las llaves en alto. Ya en la cochera, intenta encender la moto.

Pdrrrr... Pdrrrr... Pdrrrr... "paciencia". Pdrrrr... "paciencia". Pdrrrr... "paciencia". Pdrrrr... "¡¡¡la putísima madre!!!", grita mientras se da vuelta y encuentra a un hombre de traje que pasa caminando, mirándola con estupor. "¿Y quéééé?", lo increpa desafiante. El hombre

opta por la mejor de las estrategias, la indiferencia, y sigue caminando hasta su auto. Obv-v-v-v-v-v-viamente, un moderno Mitsubishi.

Sale caminando hasta la esquina para esperar el colectivo.

Llega.

Sube.

Viaja.

Baja.

Entra en la oficina. El reloj en la entrada marca las 10.45. Apenas una hora 45 minutos tarde, suficiente para ser castigada e incinerada por su jefe en la hoguera. Pero el silencio es peor; el silencio y esa mirada despectiva son mucho peor. Sin dudas.

Lo esperable: un dolor de cabeza temible le invade el cerebro y descubre los síntomas del flujo. "No tengo toallitas...", dice para sí por lo bajo, con una risita histérica que no puede controlar, una risita corta y espasmódica que desconoce y que la asusta. Sería conveniente ir al baño, pero luego de semejante tardanza está prohibido. "¡¡¡Ma' sí!!!", se levanta y soluciona la situación como puede.

Las horas no pasan.

Pero llegan las 5 de la tarde, toma sus cosas y la carpeta para ir a ver a ese cliente. Sonreír. Ser amable. Fingir. Permitir las insinuaciones de ese gordo feo. Tomar los papeles. Partir.

Son las 7 de la tarde y lo peor ya pasó. Eso cree. Cuando sale caminando para tomar el colectivo de regreso a su casa, en pleno centro comercial de la ciudad, con la gente caminando apresurada, se tropieza con una baldosa y cae al suelo de costado. La carpeta, escapándose de su mano, se abre y se desparraman las hojas en la vereda. Queda detenida unos segundos en el piso, en suspenso. "Esto no está sucediendo, esto no es verdad". Sus ojos se llenan de un líquido salado. Luego de incorporarse se agacha y comienza a meter las hojas en la carpeta, esparcidas en un radio mayor a los 3 metros.

Un joven, en silencio, la ayuda a recuperar las cosas. Cuando termina se levanta y se va, mucho antes de que ella pueda darle las gracias. Las lágrimas caen en el suelo sucio. No soporta más. Apenas si puede ver a través de los ojos mojados. Toma el primer colectivo que pasa, casualmente la deja en la esquina de su casa. Muy callada, luego de pedirle a una vecina que le abra la puerta, luego de estar 10 minutos

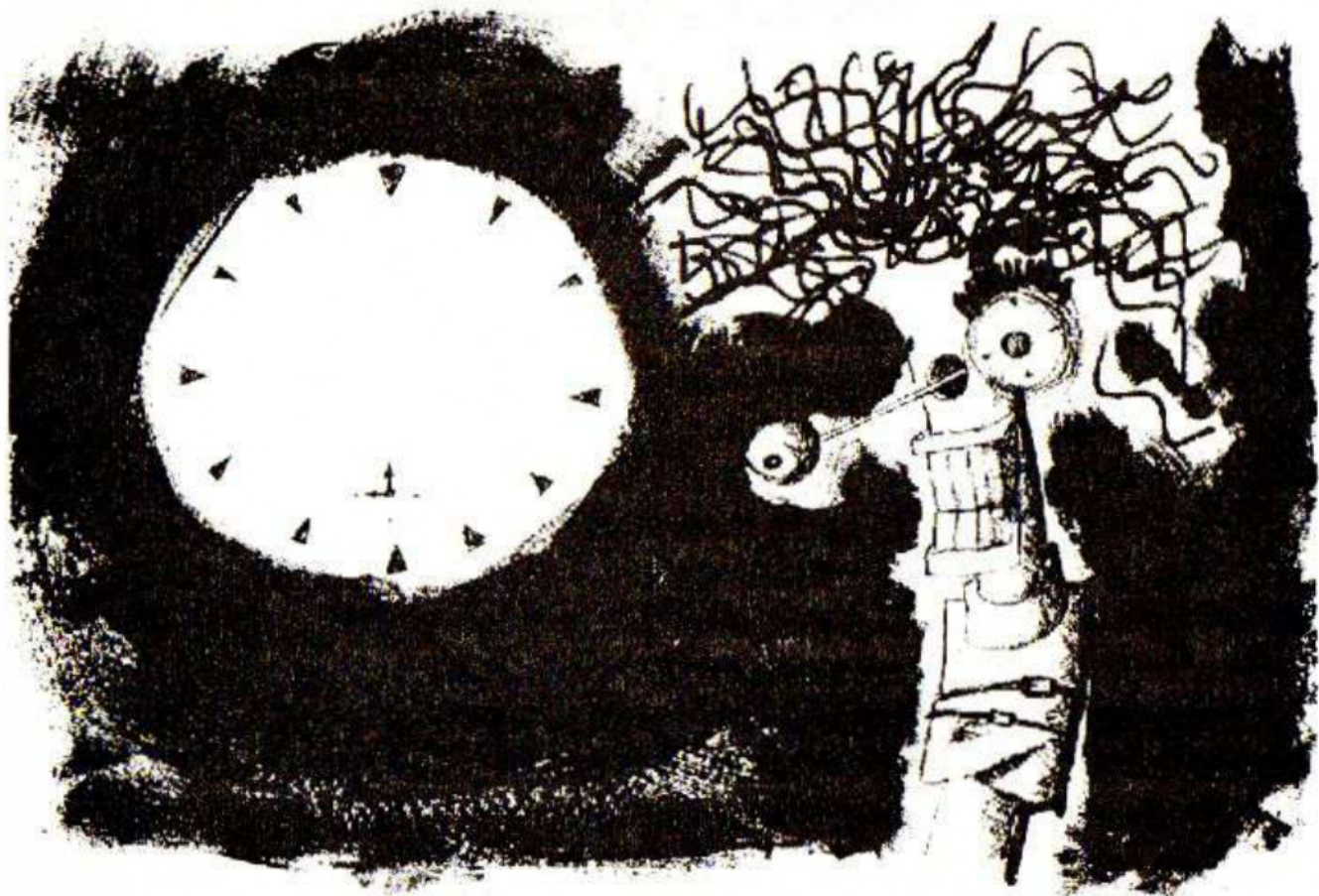


explicándole por el portero que ella vive allí y que se olvidó las llaves y que..., entra en su departamento y solloza fuertemente. Mientras se baña, llora. Mientras se viste de entrecasa, llora. Mientras cocina, llora. Llora y no come nada.

Antes de acostarse decide ordenar los papeles para el día siguiente. Es mejor no crear más problemas. Abre la carpeta y recorre las páginas sucias de polvo. Separa todos los papeles y papelitos que levantó junto con el resto y que no tienen nada que ver. A saber: "Rébola Concejal. Por un socialismo humanista. PPS"; "FlashVaca este viernes en (esta parte es ilegible)"; "Turrón Arcor"; "Lotería de Córdoba. Billeto Nro. 22.436. Primer premio \$1.000.000".

"¿¡¡Cómo!!?", dice anonadada. "¿Cómo llegó esto acá?" Y recuerda, instantáneamente recuerda al joven que se agachó para ayudarla a recoger las hojas. Trata de recordar su rostro. "Tenía facciones angelicales. Tal vez era un... pero... ¿cómo puedo pensar eso? ¿Cómo va a ser un ángel?", reflexiona, haciendo repaso de todo lo que le pasó ese día. "¿Y por qué no sería un ángel que me rescató de tanta porquería?".

Enciende el TV y espera el noticiero de las 24 horas, con el billete en



la mano. Esperanzada. Fantaseando. Fantaseando en cómo podría cambiarse su vida.

“Crónica TV informa los sorteos del día de hoy:  
(...) y finalmente, la Lotería de Córdoba, que resultó con un ganador del primer premio en la ciudad de Rosario. Nro. 08779”

Por supuesto. Era un día de mierda. ¿Qué esperaban?



---

## **CONVOCATORIA**

### **UNDERWOOD TOUR 98 GIRA MUNDIAL**

Sumate a la gira de Viajeros. Mandanos tus  
cuentos, poesías, ilustraciones, videos,  
grabaciones y objetos varios  
a nuestra redacción:

**J. M. de Rosas 929 - 10º “C” - 2000 Rosario**

**NUEVA DIRECCION ELECTRONICA**

**dim26@yahoo.com**



**María Paula Alzugaray  
Caminamos**

El rielo de las huellas  
es una incisión.  
En la cadencia del paso  
el tiempo rezagó al camino.  
Las piedras con sus capuchas  
equivocando el curso.  
Una pausa.  
No se si fuimos el risco  
o la caída.  
O acaso nos sedujo sentir  
esos latiguillos  
en los pies  
sugiriendo al salto.

---

**Sonia Scarabelli  
Otra noche**

En una habitación  
de los suburbios de Alejandría,  
Constantin duerme  
rendido entre los brazos de su joven amante;  
sus sueños aún  
no le han revelado el tiempo  
en que esta pasión será apenas  
la nostálgica embriaguez  
de un hombre maduro.

Eduardo D'Anna  
Viajando a Esmirna

Desde aquí miro el sol  
poniéndose en las montañas.  
El valle retiene la luz  
como en una magia. El Mencleres  
resplandece suavemente.

El algodón recogido ya se enfardó  
y se llevó. Vuelven  
los nómades a las tiendas.  
Los calderos al aire libre  
ya huelen a comida.

La voz de un chico en la tarde  
parece colgada de la luz.  
Todo, hasta el tren, parece  
detenido para siempre.

---

Sobre gustos

¿Puede gustarte un tacho?  
Claro que sí. Su hierro  
resonante, su juego  
de otro tiempo. La mugre  
desconocida que se encuentra  
en él. Sus hallazgos  
de vos, en la siesta.  
¿Adónde te conduce,  
hacia qué límite?  
El es un tacho de sueños.

Adriana Borga  
Lo que toca

El agua ara  
el surco de la tormenta  
envuelve el velo  
descubre el horizonte abierto  
recicla espuma  
agrieta piedras  
agrieta gritos  
agrieta tiempo.

El agua ara  
la fiebre infértil  
la tierra oscura  
el verso inerte  
levanta alas  
levanta olas  
el agua hará...

El agua ara  
y arrastra           Eros  
rastros fuegos  
cerezos               maderos

lo que toca  
lo que zumba  
el despojo  
y las hebras de su pelo.

El agua ara  
la cruz de humo  
la sombra  
el cenit  
y este desvelo.

## MENSAJES

Queremos agradecer profundamente el flujo de respuestas que recibimos en el correo de Viajeros (la verdad es que nos sorprendió...) Aquí va un resumen:

- Rolando Revagliatti, de Capital, nos envió su nuevo libro *"Muestra en Prosa"* junto con otras publicaciones.
- Alejo González Prandi, también de Capital, envió ejemplares de la revista *"El vendedor de tierra"*.
- Llegó a la redacción lo nuevo de *"El terciopelo subterráneo"*. Suponemos que lo envió A. Moguillanes. Escribite algo, che!
- Recibimos material de *Ediciones de la Pampa chata*, de su director Rodolfo Alvarez, de Junín (Bs. As.), acompañado por su libro *"Danza/Lanza (tu ojo huri)"* y plaquetas.
- La Biblioteca Mitre nos felicitó por la aventura de Viajeros; y nos informa sobre los cursos y talleres que está desarrollando. Informes: Ayacucho 1728 - Telefax 829327.
- Miguel Catalá nos acercó un número de la revista *"Huellas"*, de la que es coordinador.
- Desde Villa María (Córdoba), Alejandro Schmidt envió *"Plaquetas del Herrero"* y *"Alguien llama"* nro. 10.
- Jeremías Salvaneschi de Carapachay (Bs. As.) nos saluda e incentiva a seguir viajando en estas páginas.
- Desde Buenos Aires nos escribió Pablo Montanaro, enviándonos saludos y material de propia cepa.

En el próximo número seguimos contestando y agradeciendo.



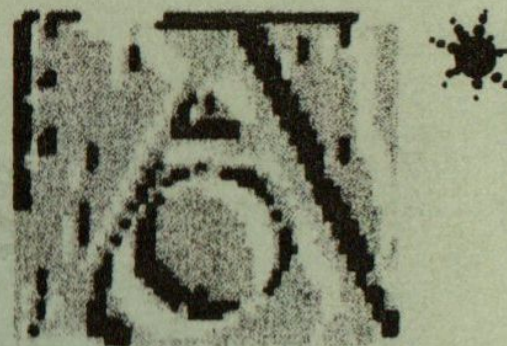
Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

LIBRERIA  
**Logos**

**TEXTOS  
SECUNDARIOS Y  
UNIVERSITARIOS**

**TEXTOS EN INGLES**

ENTRE RIOS 789  
TEL.: 259352  
2000 ROSARIO



**adriana osella**  
estudio de diseño gráfico

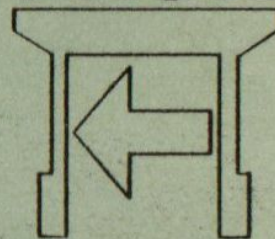
**J.C.Paz 1257 - Alberdi**  
**Tel/Fax 556390**

**MultiCopias**  
I M P R E N T A

*Impresiones Offset*  
*Duplicaciones*  
*Librería*  
*Fotocopias*  
*Servicio de FAX*  
*Plastificados*  
*Encuadernaciones*  
*Espiralados*  
*Anillados*  
*Procesado de Master y Chapas*  
*Tarjetería*

Entre Ríos 565  
Tel/Fax: 255888 - 2000 Rosario

**EL PASILLO**



**FOTOCOPIAS**  
**ESTUDIANTES 0,05**

**COPIAS COLOR**  
**AMPLIACIONES**  
**REDUCCIONES**  
**ABONOS**

**ENTRE RIOS 785**  
**2000 - ROSARIO**

**Viajeros de la Underwood  
hacen parada en:**

Librería Vites  
Sgto. Cabral 74

Librería 9 de Julio  
Córdoba 911

Librería Logos  
Entre Ríos 789

Cruciverba Libros  
Rioja 2110

Peccata Minuta  
Córdoba 954 PB L.10





Viajeros de la Underwood  
hacen parada en:

Librería Vites  
Sgto. Cabral 74

Librería 9 de Julio  
Córdoba 911

Librería Logos  
Entre Ríos 789

Cruciverba Libros  
Rioja 2110

Peccata Minuta  
Córdoba 954 PB L.10

Publicación  
bimestral  
de narrativa  
y poesía

# Viajeros de la Underwood

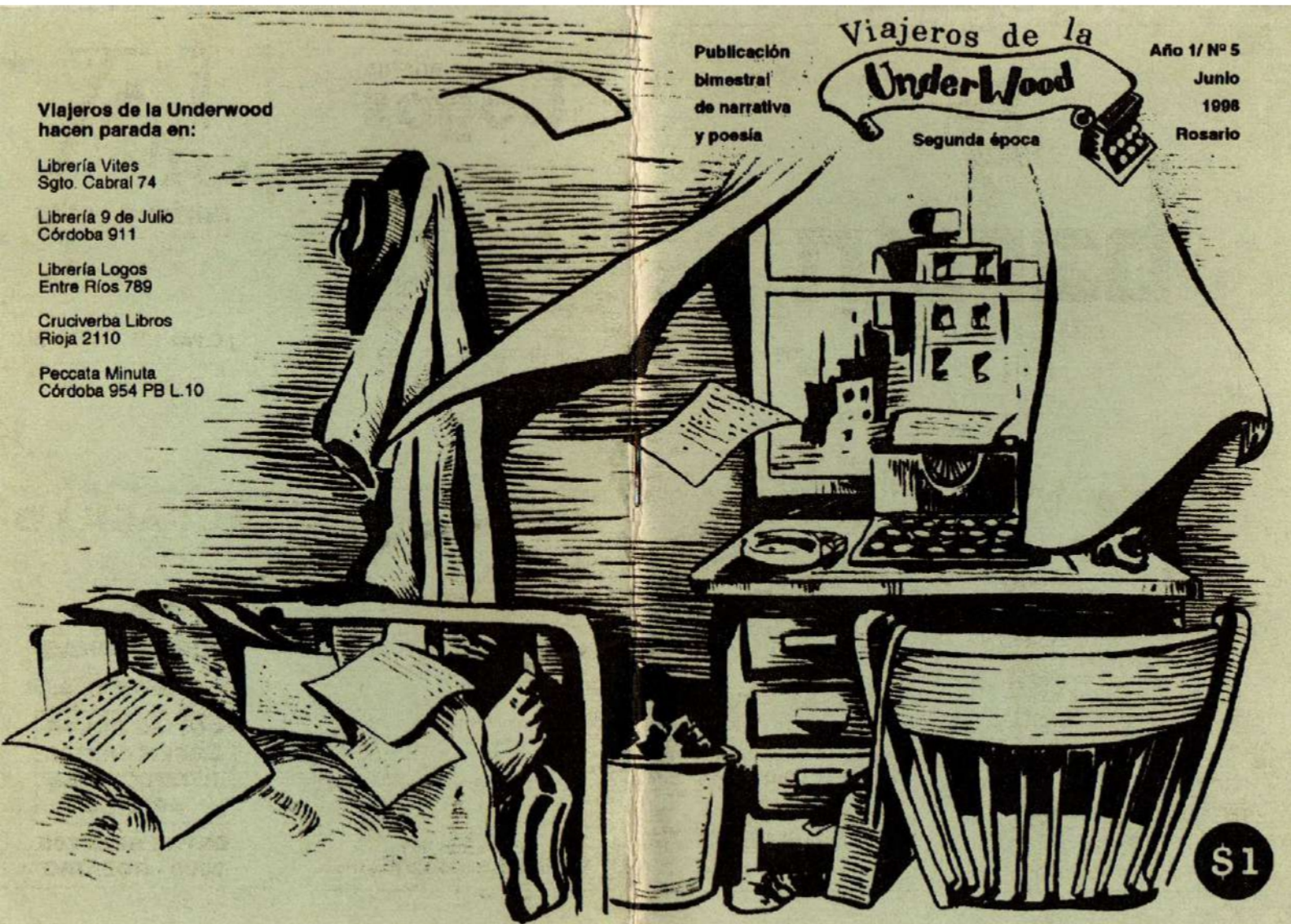
Segunda época

Año 1/ Nº 5

Junio

1998

Rosario



\$1